y destruye mientras haya combustible. También el fuego del amor de Dios quema en nosotros mientras haya imperfecciones y faltas, hasta convertirnos en fuego vivo y puro de amor. El fuego del amor de Dios tiene que quemar, hasta deshacerlos, mi amor propio, mis apetitos, mis disipaciones y curiosidades, mis tristezas y mis impaciencias. El fuego de amor pone inflamación de deseos y ahuyenta las tristezas. Me enseña mi Santo Padre que los apetitos cansan, atormentan, oscurecen, ensucian y enflaquecen el alma, y el fuego del amor la limpia, hermosea y levanta a sabiduría y hermosura de cielo; la levanta a vida pura. ¡Con qué ansia debe pediros, Dios mío, mi alma esa vida!

27. Nuestro Padre San Elías, con su fervorosa oración a Dios, hizo bajar fuego del cielo y tan intenso que no sólo quemó la leña empapada en agua y evaporó el agua, sino que consumió las mismas piedras sobre las que se había celebrado el sacrificio. Todo lo consumió. Era fuego bajado del cielo.

Dios mío y Padre mío, poned en mí vuestro fuego para que abrase todos mis defectos, la dura y refractaria piedra de mi amor propio y el agua de mis apetitos y desordenados sentidos como de mi pequeñez; que se acabe mi prudencia humana, la cual me impide la prudencia sobrenatural. Dios mío, dadme el fuego de amor, que tan vivamente deseo, para que me abrase y transforme en fuego vuestro, fuego que sea siempre llama viva de amor siempre más crecida.

La vida de Carmelita es amar a Dios; para amarle de veras y como debo, necesito acabar conmigo

mismo. Amar no es una palabra vacíía, sino la obra más llena y hermosa. Amar es vivir la vida en lo que tiene de más hermoso y atrayente. En el amor no debe haber sombra de muerte. El primero e inmediato efecto del amor decía antes que es ofrecerse, darse a Dios, inmolarse en amor. El alma que ama, ya más que a sí misma pertenece al Amado Dios; ha muerto ya el *yo egoísta*, a quien en todo se buscaba, y se ha transformado en el amor de Dios y sólo busca ya a Dios en todo y es toda para Dios. Se ha apropiado y repite sin cesar el: *mi vivir es Cristo* y *¿qué se me da a mí de mí, sino de Vos?* Su oración es verdadero ejercicio de amor. Callada, atenta, mira y escucha a Dios. Se ve llena de Dios con la seguridad de la fe. Ama a Dios; desea estar en oración, porque desea estar en actualidad de amor continuamente ofreciéndose y entregándose al Señor diciendo: «Ya toda me entregué y di.» Ya soy toda de Dios y para Dios y Dios es mío y para mí. Vos, Dios mío, deseáis que llegue este dichoso momento. Hacedlo Vos, pues al fin sois quien tenéis que hacerlo, ya que excede a mi posibilidad esta obra. Que toda mi atención sea al interior y estar amándoos a Vos.

Para llegar a tanta luz y riqueza me sacásteis del siglo. Sin vuestra gracia no hubiera tenido fuerza para dejarlo. Me pusisteis entre tantas almas tan santas y junto a Vos mismo. Casi me atrevería a decir que con más seguridad que a vuestros apóstoles, pues estoy fortalecido por la fe y por los ejemplos y experiencias de veinte siglos. Me trajísteis solamente para comunicarme y darme vuestra propia vida, vida de gracia y de amor, vida eterna, como

no podía ni aun soñarla. Porque suponiendo que en el siglo me hubiesen amado, ¿dónde encontraría quien me amase ni pudiese amarme como Vos me amáis? Ni mis propios padres podían. Ellos, mediante Vos, me dieron la vida del cuerpo; Vos me dais vuestra vida, que es de amor eterno y de vida eterna y sin ocaso.

Alma mía, mira y ama y entrégate confiada a tu Dios, que está aquí; desecha ya esos harapos astrosos de tus apetitos, de tu amor propio, de tu disipación y amor de tierra, que te afean y te manchan; deja tu cortedad y ruindad y mira la anchurosidad del cielo; deja la pobrísima vida tuya y truécala por la vida de Dios; deja tu insignificante amor y cámbiale por la riqueza y claridad del amor divino. Ponte en las manos de tu Padre Celestial, que te quiere vestir de resplandores de virtudes y de cielo.

Vísteme, Dios mío, de tu gracia y de tu amor por las virtudes, que es vestirme de Ti mismo. Que yo sea tuyo y Tú serás para mí; tu vida será mi vida y mi vida será del todo tuya y para Ti. Quiero estar pronto y dispuesto a tu voluntad y te espero. Confío pondrás en mi alma el reino de los cielos, que dijiste estaba dentro de mí. Como os reflejáis en la paz y felicidad de los ángeles, reflejaos en mansedumbre y pureza en mi alma. Que la armonía del cielo por la esperanza llene mi alma, para que siempre os esté mirando.

TERCERA LECTURA - MEDITACION

(Segunda del primer día)

Mi fin es amar. Amar a Dios es entregarme a Dios. Amar a las almas es ofrecerme a Dios por las almas. Dios da su amor a los humildes

28. No hace el Señor cosa ninguna al acaso. Leo en la Escritura Divina que *todo lo hizo con orden, peso y medida.*

Toda criatura, hasta la molécula imperceptible, tiene señalado su fin especial, fin que ordinariamente nos es desconocido a los hombres, como ignoramos y no sabemos apreciar el fin ni las consecuencias de muchas de nuestras mismas acciones. Ignoro yo los efectos y consecuencias de mis propias acciones y me es desconocido lo que Dios tiene señalado para el desenvolvimiento de estas mismas acciones. Pero sé con certeza que Dios tiene prefijado su fin propio a cada cosa y a cada acción y a todas las dirige según el fin que las ha preestablecido.

Dios me ha señalado a mí mi propio fin y quiere que yo conozca este fin mío individual y tam-

bién el fin colectivo de la Orden en que he profesado.

El Señor me ha llamado con llamamiento especial de amor a la vida religiosa. La Orden me ha mostrado su espíritu y el fin que el Señor la ha determinado por los Fundadores, que son mis Santos Padres y mis modelos. Este es el troquel donde debo fundirme y moldearme; aquí quiere el Señor darme la santidad, para la cual expresamente me ha llamado. Si vivo según este espíritu y me abrazo con este fin, Dios me llenará de su amor y hermoseará mi alma con la gracia. Si practico las virtudes, *el gozo de Dios iluminará todo mi ser de paz.* Si habiendo profesado en la Orden no me determino a vivir su espíritu y sus virtudes, seré siempre un alma desarticulada y desencajada; me faltará el desarrollo de la vida de Dios, y con ello la paz, la alegría y la esperanza.

29. El fin de esta Orden de la Virgen, de la cual yo soy miembro, es doble. Primero, la santificación individual y personal de cada uno de los religiosos que en ella profesan y viven. Este fin es común a todas las Ordenes religiosas. No puede instituirse en el cristianismo una nueva Orden que no tenga por fin la santificación de sus miembros procurando cumplir con perfección los consejos evangélicos, o, con otras palabras, que cuantos profesamos en el estado religioso tengamos como fin y especial cuidado amar a Dios con todo el corazón, desligándonos de las cosas de la tierra.

Para santificarnos y conseguir este amor de Dios, dejamos todos los religiosos nuestras familias, re-

nunciamos a nuestros bienes, nuestras comodidades y nuestro amor propio, negándonos a nosotros mismos y renunciamos a todo lo mundano y a cuanto impide o estorba el amor de Dios y la vida espiritual.

Dentro de este fin y obligación de aspirar a la santidad, cada Orden religiosa fomenta los medios propios o más apropiados para conseguir el fin común de la santidad y llegar al amor de Dios. A esta modalidad especial de cada Orden es a lo que se llama el fin propio de la Orden. El religioso, haciendo su profesión después de haberla vivido y estudiado durante el noviciado cómo vivieron sus Santos Fundadores, se abraza con esta modalidad.

Hice yo voluntariamente mi profesión de Carmelita. Ofrecí a Dios, por manos de la Virgen Santísima, mi vida y me abracé con el espíritu de esta Orden, que es trabajar por ser santo como lo fueron mis Santos Padres, por amar e inmolarme a Dios como ellos le amaron y se inmolaron; por amar a Dios con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, por inmolar a Dios todas las cosas, renunciándolas, para dejar vacío, limpio y libre el corazón y que Dios pueda llenármele de Sí mismo.

Este fin de amor, esta inmolación enseñada por el amor, ha de ser mi vida. Pero es misericordia infinita y amor inexplicable de Dios para conmigo que quiera darme generosamente de su grandeza incomprensible a trueque de que yo le ofrezca mi pequeñez y mi nada.

30. Amar es darse, entregarse. Según es la perfección del amor es la perfección de la entrega.

El amor no es una palabra vacía, sino una inmensa y dulcísima realidad; es la inclinación de la voluntad y la unión con el objeto amado, Dios.

Por mi profesión soy de Dios, *me he dado a Dios*; no me pertenezco a mí mismo, sino a Dios, y es obligación y deber mío obrar según el querer de Dios. Debo darme a Dios en cada uno de mis pensamientos, deseos y obras, *porque soy de Dios*. Este es el fin de mi Orden y, ayudado de la gracia de Dios, lo he escogido yo mismo. Según sea la perfección de mi amor, será la perfección de mi entrega.

Si soy reacio en darme a Dios y flojo en mis obras, es manifiesta señal de que mi amor a Dios es aún débil y tibio; no tiene aún fuerza y energía para arrollar la flaqueza de mi condición; no tiene aún vitalidad y empuje suficiente para levantar la voluntad de su nativa postración al querer divino; no cumplo aún con el fin que abracé en mi Orden.

Es efecto necesario del amor *darse en la medida del mismo amor* y ponerse al servicio del amado. En la naturaleza, la madre, símbolo y realidad del amor más abnegado, ama a su niñito y le sirve y le alimenta de sí misma y le lleva en sus brazos. El niño es un peso, pero un peso de amor gozoso para los brazos de la madre, que le abraza gozosa. Los padres, porque aman a sus hijos, los sirven y se sacrifican heroicamente por ellos.

El amor se muestra en el servicio prestado al amado, porque el servicio es el don de la persona y quiere por paga la retribución del amor.

El que ama a Dios, está a la disposición de Dios, se goza en servir a Dios y tanto más goza cuanto el servicio es más costoso. Yo he abrazado esta Or-

den y en ella vivo para amar con todo mi ser, con todas mis actividades y con todas mis fuerzas a Dios; para ser todo para Dios y sólo para Dios. Noble fin y altísima aspiración la mía. ¿Cómo sirvo yo a Dios? ¿Cómo le estoy ofrecido y pronto para hacer su voluntad? ¿Cómo estoy despegado de todas las demás cosas? En esto veré la realidad de mi amor.

31. El amor propio es el mayor enemigo del amor de Dios y todas las defecciones son ocasionadas por el amor propio. Ya leo en el Santo Evangelio estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo. El que ama su alma,* con amor propio desordenado, *la perderá.* Quien ofrece al Señor su ser y su vida con todas sus actividades y amores llegará a recibir toda la vida y a vivir, aun en este mundo, la vida eterna por la intensa vida divina, que Dios le comunicará. La vida espiritual es participación de vida eterna y tiene propiedades de vida eterna.

Mis obras de muerte, mis propiedades terrenas, impiden que triunfe en mí la vida eterna. Si me dominan mis apetitos, si me dejo llevar de mi comodidad o regalo, si me arrastra mi mal genio, si busco el aprecio y estima de mis habilidades y buenas condiciones o del talento y atracción que creo tener, fomento en mí las obras de muerte e impido el desarrollo de la vida eterna. Como me doy a mi propia nada, no me entrego a mi Dios y no puede triunfar en mí la vida divina.

Dios mío, ¿cuándo acabaré de acabar conmigo mismo y con mi desdichada presunción y ambición

de honra y de conocimientos sociales o de bagatelas y gustillos, para entregarme del todo a Ti y puedas Tú poner ya en mi alma tu vida? Dichoso será para mí el ansiado día en que me entregue del todo a Ti.

Bien sabíais Vos la dificultad encerrada en el mandato que nos hicisteis en estas palabras: *El que quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo;* pero al mismo tiempo me dabais a entender la paga inmensa que prometíais *al que se negare a sí mismo,* porque no sólo le recibiríais, sino que os daríais todo a él y le daríais vuestra misma vida.

32. Dios a todos nos ama. Dios me ama a mí con un amor tan inmenso como no puede tenérmele toda la creación junta. Dios me ama con su amor, que no puede menos de ser infinito. Dios mío, ¡si yo pudiera no ya comprender, que esto no me es posible, pero darme, al menos, cuenta de tu inmenso, de tu infinito amor hacia mí!

Dios quiere también dárseme, y se me da en la medida del amor que me tiene. Para dárseme, sólo me exige que yo no rechace su amor, que corresponda a su llamada amorosa. Quieres, Dios mío, y me mandas que yo te ame. ¿Puede haber nada ni más grande ni más deleitoso que amarte y ser amado de Ti? ¿Qué amor puede compararse con el tuyo, inmenso e infinito? ¿O qué amistad puede haber semejante a la tuya?

Es también voluntad tuya que yo te ame no ya sólo con mi amor, que necesariamente ha de ser amor pobre y desleído, amor de horizontes muy limitados y muy cubiertos de nubes, sino que *me das tu amor para que te ame con tu mismo amor,* amor

infinito, amor santísimo, amor purísimo, que comunica fortaleza, verdad y hermosura; amor que santifica e inflama el corazón.

Si el alma corresponde al llamamiento divino y se prepara con humildad y constancia, nunca deja el Señor de comunicarla este amor, ya sea en oscuridad purificadora y expiatoria, ya en luz gozosa. Alégrase el alma repitiendo esta verdad con las palabras del salmo: *Ensancha tu corazón y Dios te le llenará* de Sí mismo, que es el amor perfecto. *Vivifícame según tus misericordias.*

33. Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, llena de humildad, confusión y agradecimiento, llamaba a Dios *cautivo suyo y cautivo por amor:*

> Esta divina prisión,
> del amor con que yo vivo,
> ha hecho a Dios mi cautivo
> y libre mi corazón.

Porque Dios nos ama se nos ha dado y se nos da; se nos pone en el alma por la gracia y el amor; se confía a nosotros en la Eucaristía. Se hizo nuestro servidor a la vez que maestro, encarnándose, y nos da su vida y es la vida sobrenatural de nuestra alma y será en la eternidad nuestra vida de infinito gozo. «Se podría considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal Prisionero», dice San Juan de la Cruz.

Y en otra parte exclamaba, confiado: «*Dios es mío y para mí; Cristo es mío y todo para mí.*»

Decimos hablando: *mis ojos, mis manos,* porque son míos. De estos ojos y de estas manos, aun-

que son míos, no siempre puedo disponer, ni tienen ellos siempre potencia para hacerme los servicios que de ellos necesito. Sin embargo, son propiamente *míos*, me los ha dado Dios. A Dios también le digo *mi Dios, y Dios sí que es siempre mío y para mí.* Dios, todo grandeza, todo hermosura, todo bondad, está siempre morando en mi alma, infinito como es; está siempre dándome la vida y queriendo ser mi vida eterna y mi felicidad, aun en este mundo; está siempre mirándome con amor, está dándoseme y pronto para emplear su omnipotencia y su misericordia en mi favor. ¡El infinito está en mí, quiere ser mi vida y hermosear mi alma! Nunca deja de hacerlo si el alma no pone obstáculo. Dios me ha llamado a la religión para comunicarme su vida y yo he profesado para vivirla.

¿Cómo amo yo a un Dios infinitamente generoso y que tanto me ama? ¿Cómo correspondo a su amor? Perdonad, Dios mío, mi ruindad y mi miseria en amaros. Los ángeles arden en tu amor, viven en el resplandor gozosísimo de tu amor. Tú eres su vida y su luz dichosa; son felices con esta luz y esta vida que reciben de Ti y los envuelve en sabiduría y belleza. ¡Cuán lejos estoy aún de amar como los ángeles y mirarme continuamente envuelto en tu luz! Y no sólo no vuelo hacia Ti, como desearía, sino que me arrastro en flaquezas e infidelidades y con frecuencia mis obras son muy contrarias a mis propósitos y a tu voluntad.

34. Aun con esto no debo desalentarme en trabajar por conseguir la perfección y el amor de Dios. Será verdadero y crecido mi amor a Dios si deseo

con firmeza y constancia llevar a la práctica mis propósitos, si me esfuerzo íntimamente por vivirlos. No deben desalentarme ni mis flaquezas ni mis caídas. Tú, Señor, las conoces mejor que yo. Mi flaqueza me humilla y me enseña a recurrir a Ti. Ayúdame, Dios mío, y fortalece mi debilidad; tan quebradiza es mi condición.

Llora el niño en su cuna deseando libertad y salir de ella y no puede; llora y extiende sus bracitos implorando auxilio. Los brazos de la madre le sacarán con abrazo y beso de amor. A Ti clamo yo, Padre mío celestial, desde esta cuna en mi impotencia e imploro tu auxilio. Fortalece mi debilidad y sácame de mi ruindad; confío en tu misericordia, que se inclinará hacia mi impotencia y con tus brazos amorosos y creadores me sacarás de la cuna de mi miseria a la fidelidad de tu amor. A Ti clamo y pasaré los días *esperando en Ti*, que has de fortalecer y hermosear mi alma con tu gracia y tu amor, llenándome de virtudes. Si me enseñaba mi Santo Padre que los conventos de Carmelitas no debían pedir a los hombres, sino *ser casas de espera en Dios*, pidiendo a El, ¿con cuánta más razón he de aplicar esta enseñanza a mi alma y a las cosas espirituales? *En ti espero, Dios mío, y no seré confundido, porque bienaventurados los que confían en el Señor.*

35. No consiste el amor en la exhibición de la propia persona y de las cualidades personales. El amor a Dios es entregarse a Dios y hacer prontamente su voluntad; es entregarse a sólo Dios en silencio u oscuridad como Dios disponga; es inmo-

larse a Dios en unión de Jesucristo y con los mismos fines con que Jesucristo se inmoló.

En el Carmelo todas las acciones y todas las energías han de ejecutarse con este fin: *vivir íntimamente en Dios y para Dios e imitar a Jesucristo.* Si vivo íntimamente en Dios, recibiré y participaré de su mirada, de su vida, de su amor y de su santidad y hermosura cuanto mi alma se haya hecho capaz de recibir. Si imito a Jesucristo, aprenderé a inmolarme en su compañía y como se inmoló El en lo escondido de la casita de Nazaret durante largos años, y a sacrificarme con El en la afrenta del Calvario, hasta la muerte; estaré pronto a cumplir en todo la voluntad de Dios, y estará en mi compañía mi Madre la Virgen, que me ama y a quien yo tengo amor y obediencia de hijo.

Mi deber y mi misión es amar e inmolarme y recibir en mi alma el amor de Dios, amor que me comunica conocimiento de Dios y de sus misterios y es vida eterna.

El amor de Dios es mi fin, es mi riqueza, mi alegría y hermosura.

¡Oh dichoso trueque —exclamaba mi Santa Madre— que por esta nonada de mi amor y de la entrega que de mí hago a mi Dios, Dios se me da a mí, se pone en mi alma y me enriquece con su mismo amor!

He venido a la religión a vivir la vida de Dios; Dios me hace participante de su vida. Dios transforma en Sí, en unión de amor, al alma que totalmente se le ofrece; en la tierra no transforma el cuerpo, pero clarifica e ilumina el alma.

36. El religioso que de verdad ama, vive inmolado a Dios y olvidado de sí. Debo ser un voluntario pero perfecto holocausto a Dios, una brasa de amor de Dios. y, como ella, poner calor y fuego de Dios en todo cuanto toque o se me aproxime.

Mi inmolación a Dios ha de ser continua y por los fines y medios que El quiera, aun sin conocerlos yo.

Quiero depositar todas mis obras en el tesoro escondido de Dios y repetir con mi Santa Madre: «¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?» Quiero que mis aspiraciones, mis deseos, mi honra, mi compañía y amistad sea Dios mismo. El sea mi Maestro y quien me mande, y yo discípulo que aprendo y obedezco. *Enséñame, Señor, a hacer tu voluntad.* En esto veré que amo en verdad a Dios.

El amor pone recuerdo y presencia del Amado Dios; el amor es vivir en Dios; es verse y moverse dentro de Dios; es sentir sed insaciable y cada vez más viva de Dios; es ofrecerse continuamente en inmolación a Dios. A semejanza del que padece sed física que no puede menos de estarse acordando de la sed que sufre, y habla de su sed y se lamenta de la sed que siente, y busca ansioso en todas partes ver si podrá remediarla, el que padece la dichosa sed de Dios siempre le recuerda y tiene presente, y busca y clama a Dios y se le ofrece y pide que *descubra ya su presencia.* El amor dichosamente le abrasa.

Bien sé yo que esta sed de Dios no se puede nunca saciar en la tierra y se desea que vaya en aumento. Porque mi Santo Padre gozaba y sentía

esto os decía, Dios mío: *Máteme tu vista y hermosura.*

37. Tampoco puede el alma encontrar satisfacción de sí misma, porque clarísimamente ve que sus obras son como nada y nada valen para lo que desea. Nunca las obras pueden igualar a los deseos, y menos cuando los deseos son vehementes. Sólo Dios puede darlos perfecta realidad.

Ni es infrecuente parezca al alma que todas sus obras buenas han desaparecido y no puede realizar ninguna cuando más ella desea y busca a Dios, el cual está muy escondido dentro del mismo alma; como también la parece se ha secado en ella todo jugo de amor viendo claro que no ama, que hasta han desaparecido sus deseos y no se la da nada del Señor y sufre muy sin igual tormento por este estado de ruina en que a sí misma se ve creyendo que no ama, cuando en realidad tiene metido y bien encendido el amor dentro de ella y el sufrimiento es la manifestación de la sed que siente de Dios en esta sequedad en que el Señor la ha metido. Cuando no se ama no se sufre por que no se ama. Pero el amor, escondido dentro, la está quemando y poniendo más crecida sed, en desolación y en prueba. En este estado el alma se ofrece más perfectamente en inmolación y anda más solícita en la fidelidad de sus obras para mover a Dios. Si no amara tampoco sufriría.

Alma mía, ¿cómo sientes sed de Dios y cómo es tu esmero en la fidelidad y en la inmolación a tu Dios? Eso será la medida para conocer el amor que a Dios tienes y el que Dios te tiene a ti.

38. Debo sacrificarme e inmolarme a Dios en amor, como se inmoló Jesucristo y como misteriosamente se inmola en la Eucaristía. Quiero ofrecerme y pedir a Dios según el espíritu de mi Orden, que yo abracé, por todas las almas y muy especialmente por los sacerdotes y consagrados al Señor para que sean muy fieles y almas de amor, como pidió Jesús en la noche de amor e inmolación de su pasión por todos, especificando a sus discípulos. Esta petición y este apostolado queréis Vos, Señor mío, de mí y me llamáis a vivirle junto a Vos y en vos mismo y en vuestra casa para que pida yo y me ofrezca, como os ofrecisteis Vos, para que los consagrados a Dios seamos una misma cosa con Vos, como Vos lo sois con vuestro Eterno Padre. Con este doble fin tan santo y tan alto debo ofrecer todas mis obras y estimularme a realizarlas con el mayor fervor.

Dios me ha elegido y llamado para una vida de intercesión y expiación por las almas. Debo interceder en la continua oración; debo expiar mediante la penitencia. Esta es la vida de mi vida de retiro y recogimiento o soledad; esto mismo he de practicar en mi apostolado por activo que sea, si es apostolado verdadero.

Es mi obligación, escogida por mí, inmolarme, primeramente, en obsequio y alabanza a Dios; luego, en súplica por los apóstoles actuales o sacerdotes y consagrados a Dios, para que tengan espíritu de verdaderos apóstoles, espíritu de profundo amor y abnegación, para que, llevando a Dios muy grabado en su alma y estando abrasados en El, no sólo sean portadores de la palabra y doctrina del evan-

gelio, sino que lleven el fuego de amor, de inmolación y de santidad a las almas. Si Dios va vivo y amoroso en los corazones de sus apóstoles, las palabras que pronuncien no serán de tierra ni de bienes terrenos, sino de Dios y del reino de Dios, y fructificarán e inflamarán las almas y las encaminarán por el camino del cielo, que es la práctica de las virtudes, de la santidad y de la gracia. Y si yo, en mi apostolado y ministerio, no estoy encendido en amor de Dios, ni seré apóstol, ni sabré ni podré poner amor de Dios. Sólo llevaré sonido de palabras y mi miseria y sembraré esta mi miseria y ruindad. De este modo sería yo muy infeliz apóstol e ineficaz para el bien.

Porque apostolado es amar y hacer amar; apostolado es comprar y redimir las almas con el oro del amor y de la expiación.

Si el Angélico decía que *es mejor iluminar que lucir y comunicar lo que se contempla que solamente contemplarlo*, no es menos cierto que no se puede iluminar sin lucir, ni hablar sentidamente de lo que no se medita. Ni Dios llegará ordinariamente en las palabras de los que no hablan con El ni le escuchan detenidamente en la oración.

39. Es también obligación mía, que acepto muy gustoso en esta soledad y retiro, ofrecerme e inmolarme en amor y expiación por todas las almas. ¡Cuántas almas, Dios mío, por las cuales derramasteis vuestra sangre y creasteis para vuestro amor en el cielo, no os conocen ni os aman! Me llamáis a mí y me escogéis para que yo interceda aquí por todas. ¡Qué inmenso debiera ser mi amor a Vos y

con qué perfección ejercitar las virtudes! Aquí al lado vuestro, siempre junto a Vos, y a vuestra vista, qué apostolado tan hermoso y qué campo de acción tan inmenso me habéis señalado. Me pedís que os pida por todas y me sacrifique por todas para que todas os amen y todas se salven. Enseñadme, Señor, a cumplir este apostolado propio de santos. Encended mi corazón en vuestra misma llama.

No es necesario esté pensando que me ofrezco y por qué fin me ofrezco o por qué personas, sino ofrecerme. Si me aumenta la devoción y acrecienta la virtud, bien está me ejercite en este ofrecimiento en tanto en cuanto me ayude a vivir más en Dios y a tener actualidad de amor. Lo que sí me interesa es que mi entrega a Dios sea total y efectiva; ya conoce bien el Señor la voluntad que tengo de ofrecerme y pedir por las necesidades de mi obligación y que El mismo me ha puesto este devoto deseo. Me ofrezco en unión de Jesús y con sus mismos fines. Quiero imitarle, estar unido a El; quiero estar metido en su pecho para amar con su mismo amor. No he de repetir en cada acción o momento: por este fin o esta intención. Hacerlo algunas veces aumenta la devoción; la demasiada frecuencia, la disminuye, cansa y casi la quita. Dios lo está viendo y sabe mi interés. Yo sólo quiero hacer y que todos hagan su voluntad y la santificación de mi alma y la de todas. Un padre no está repitiendo mientras trabaja: lo hago para mantener a mi familia, pero por el bien suyo y de su familia trabaja.

Si de este modo amara yo, qué santo y fecundo sería mi apostolado activo.

40. Cuando amamos a una persona o queremos atraernos su amor y amistad, ponemos toda la atención y esmero en hacerle servicios de su agrado. Este mismo ha de ser mi comportamiento con el Señor. Debo hacer lo que le es agradable; debo ponerme siempre y en todo en su voluntad; tenerle grabado en mi alma y en mi cuerpo, en mis potencias y sentidos. Estoy en Dios y Dios está en mí; todo lo hago por El; todo para El. *Los ojos en vuestro Esposo*, me dice mi Santa Madre. ¿Dónde soñaré poder encontrar hermosura, ni riqueza, ni claridad, ni encanto semejante a éste?

Tengo mis ojos puestos en Dios cuando mi pensamiento está en El, cuando mi atención amorosa se inclina hacia El y le busca, cuando me venzo u obro mirándole a El. Quisiera, Dios mío, que en esta mirada y afecto se pasase toda mi vida; dadme esta gracia y que todo lo haga por Vos. atendiendo a vuestra divina voluntad, y mirando que todo lo recibo de Vos. Yo sé con certeza que siempre me estás mirando con amor infinito, que estás en mí amándome y ofreciéndome tu amor si quiero recibirlo. ¿No me entregaré ya todo a Ti?

Ni me son necesarios muchos o difíciles conocimientos ni mucha ciencia para obrar con amor actual; *el amor no está en saber, sino en darse.* El que sabe mucho se entretiene con frecuencia en formar sutilezas sobre el amor y sus causas y está retrasando la entrega o nunca llega a realizarla. Muchos se entregan apasionadamente al conocimiento del amor en los libros o en las discusiones y llegan a adquirir gran conocimiento del amor y sus propiedades, pero no el amor. Se entregan a los libros

o a la ciencia, pero no a Dios; mucho ayudan para progresar en las virtudes los buenos libros, pero Dios es el mejor libro y el mejor maestro, todo luz y belleza, todo sabiduría y amor, y se entrega al alma que le busca. El que se entrega a Dios, encuentra el amor y se viste de virtudes. Los Santos dándose encontraron a Dios y se hicieron amor. Cuando San Ignacio estudió, ya tenía impreso en su alma a Dios y estaba abrasado por la llama del amor. Dios llena las almas humildes. Llenad la mía, Dios mío, con vuestra presencia y con vuestra mirada. Dios es el libro vivo y la verdad viva, como es la hermosura y la bondad viva y perfecta.

41. *Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba.* Yo, Dios mío, tengo sed de Vos y, siguiendo vuestra invitación, vengo a beber en Vos mismo vuestro amor, y quiero que todo mi amor sea para Vos. Para ser vuestro lo dejé todo y me he consagrado a Vos en esta Orden. ¿Por qué, deseándolo tanto, no está aún despegada mi alma de todas las cosas y ofrecida en todo a Vos? Veis con cuanta verdad deseo daros todo mi ser y veis también, mejor que yo, mi debilidad. Pues eres Padre mío amantísimo, suple mi deficiencia y fortalece mi debilidad con tu inmenso amor. Confiado estoy en este vuestro amor, que me fortalece, me enseña y me guía. Cuán grande debe ser mi ánimo y cuánta mi confianza de que llegaré a la perfección y a la plenitud del amor que Vos queréis de mí y no dejaréis de darmelos.

Los santos tuvieron el mismo natural y condición física que tenemos los demás hombres, cada uno según su temperamento y educación. Mi Santa Ma-

dre, con ser tan santa y estar tan abrasada en amor de Dios, no deja de lamentar sus flaquezas y su falta de fidelidad al Señor. Lloraba porque no correspondía a Dios como deseaba y debía. Sólo en determinados momentos, en que Dios se lo hacía sentir con redundancia, encontraba el lleno de amor en su corazón. Y a pesar de llorar sus flaquezas, de no lograr saciar sus ansias de amor, era inmenso su amor y estaba totalmente entregada a Dios. ¡Y cuánto se complacía Dios en ella! ¡Qué confianza tan ilimitada tenía ella en el Señor pidiéndole más amor!

Si yo me esfuerzo en amar y en ofrecerme, también te complacerás Tú, Dios mío, en éste mi no satisfecho pero insaciable deseo.

Alma mía, nada eres y nada puedes, pero no te desalientes. Humíllate y clama a Dios y en El confía. Dios siempre será tu Padre generoso y no te soltará de tu mano. Repite con el salmista: *El Señor es firme apoyo de los que le temen, y a ellos revela sus secretos.* Dios es mi Padre. Las manos de Dios sólo obran maravillas. Este mi Padre Celestial está esperando a que yo me ponga decidido y perseverante en sus manos y a su total disposición para obrar en mí las maravillas del amor, que son las virtudes, la perfección, la vida verdadera.

Yo no puedo por mí ni sé hacerme santo. Dios quiere hacerme santo como El sabe y puede. Primero me deshará; me deshará en mis acciones y me hará palpar mi nada y no encontraré acción alguna digna de podérsela ofrecer, pero se las ofreceré todas como son; me deshará en mi oración y no encontraré ni un afecto ni me encontraré a mí mismo, pero sé que estoy con Dios y Dios conmigo amán-

dome y yo amándole a El; me veré deshecho en mi vida con los ojos arrasados, o, lo que es peor, con los ojos enjutos y secos. No debo desalentarme por esto, sino recogerme humilde en mi corazón con mi Dios infinito pidiéndole que obre su obra en mí sobre lo que yo puedo comprender o soñar y diciéndole que en El confío.

Es necesario que no sólo reconozca mi impotencia y mi nada en todo y en todos los órdenes de la vida, sino que la guste y la palpe y la abrace. Nada puedo por mí solo en la oración, nada puedo en el ejercicio de amor, nada en la humildad, ni en la abnegación, ni en la caridad. Debo abrazarme con mi nada para mejor ofrecerme; debo confiar en Dios y la humildad sea el cimiento donde estribe. Dios enriquecerá mi alma en proporción de la humildad y de la confianza que tenga en El. En el momento en que la tenga perfecta, acabará Dios su obra en mí. La Virgen dijo: *Porque miró la humildad de su sierva.*

42. Si el conocimiento de mi nada engendrara en mí desaliento, no sería humildad, sino soberbia. El desaliento es soberbia, porque desea y espera obrar por sí mismo y no se conforma con su impotencia. El impotente soberbio se enfada porque no puede, y se desalienta; es desagradable a Dios e imposible pueda adelantar.

La humildad se abraza con su impotencia y pone confiada los ojos en su Dios pidiéndole protección. La humildad se alegra en su debilidad, para poder recurrir a Dios, su Padre, de quien lo recibirá todo muy colmadamente, y le amará más por la protec-

ción recibida. Confía en Dios poder todo cuanto necesite y que vean todos la bondad de Dios fortaleciendo su nada.

La humildad es la verdad y la verdad es la bondad y el amor. Dios mío, hacedme humilde. Tú eres mi criador y el incansable y generoso dador de todos mis bienes y el auxiliador en todas mis necesidades; en Ti confío. Me faltan las virtudes, me falta el amor; no sé ni aun lo que tengo que hacer, ni qué pensar, ni qué decir en el camino del amor y de la perfección. Bendito seas, que me hiciste tan impotente para que recurriera más a Ti y te amara más. A Ti clamo: en tus manos me pongo y confío que te amaré y te serviré con todas mis fuerzas. Tú me lo darás y todos se alabarán, porque verán que es obra de tu amor hacia mi impotencia. Con Vos todo lo podré. Siendo yo nada, *Tú me llevarás en tus alas.*

Debo estar yo compenetrado con mi nada y que todos la conozcan, pero debo y quiero estar confiado también en vuestra bondad y largueza para conmigo y que todos la conozcan y te alaben. Gozo en leer y apropiarme los dichos de San Felipe Neri. El se conocía bien, era muy humilde y confiaba en Vos. Todo lo esperaba de Vos. Los santos, de sus mismas faltas, infidelidades y caídas, sacaban más amor, porque sacaban más humildad y acudían más a Dios. Con San Felipe yo os repito: *Señor, muy grande es la herida de vuestro costado, pero si Vos no me sostenéis y ayudáis sé que mañana seré peor que hoy y os agrandaré esa llaga vuestra hiriéndoos con mi maldad.*

Cuando oía decir la frase que todos solemos repetir para animarnos con la esperanza: *mañana se-*

remos mejores, pues ya me voy a convertir, decía el Santo en su humildad y con gracejo: *Llevo tanto tiempo diciendo que mañana seré mejor, sin haberlo conseguido, que, si Dios no lo remedia, mañana seré peor*. Y se ponía confiado en las manos del Señor y fue gran santo.

43. Oigo a mi Santa Madre lamentarse de que todo el mal de no adelantar en la virtud fue porque *ponía en sí misma más confianza de la debida y en Dios menos*. Los santos fueron humildes y tuvieron suma confianza en Dios. Mi Madre Santísima dice de sí misma: *Porque miró Dios la humildad de su sierva, hizo en mí cosas grandes el que es todopoderoso*.

Dios mío, *ved aquí a vuestro siervo, salvadme*, santificadme, dadme la perfección. Sé por experiencia que por mí solo no puedo conseguirla; dádmela Vos como lo habéis prometido y lo hacéis con quien en Vos confía; dádmela el día que tenéis señalado para dármela y no me la retraséis por mi infidelidad.

Mientras llega ese momento determinado por vuestra misericordia, haced que viva yo en vuestras manos siempre pronto a seguir vuestra voluntad. En Vos esté mi pensamiento; en Vos el afecto y recuerdo de mi voluntad. Pero tened la misericordia de *descubrir la presencia y la figura vuestra* a este vuestro siervo.

Tengan otros religiosos los ideales secundarios que quieran para ayudarse a conseguir la perfección. Mi ideal único y total sois Vos, *es vivir vuestra vida*, es vivir para Vos. Esto he abrazado y a esto me he

obligado en mi profesión. Con el salmista repito: *Una cosa he pedido al Señor y ésta buscaré siempre: que yo habite en tu casa todos los días de mi vida.* Que yo viva en Ti y de Ti todos los instantes de esta mi vida en la tierra y toda la eternidad en el cielo. Escojo por morada mía para siempre a Vos mismo, vuestra verdad, vuestro amor, vuestra vida. He venido a vivir en Vos y de Vos. Que corresponda yo, Dios mío, a vuestras misericordias; que sea yo humilde, confiado y constante para que puedas Tú enseñarme a amar y confiarme tu amor. Con tu amor sabré inmolarme y, en mi retiro y trabajo, cumplir mi misión con el prójimo de convertir las almas alejadas de Ti y que aún no te conocen, y suplicarte que las que te aman y te están consagradas sean más santas y vivan más perfectamente tu vida.

44. Es muy fácil hablar de los males y pecados del mundo y ponderarlos ante los demás en los púlpitos o en las conversaciones. Todos gustamos de esto que pudiéramos llamar *la murmuración y comentarios de los pecados del mundo.* El murmurador siempre difunde el mal y, por lo mismo, le aumenta y se hace escandaloso. Todos sabemos demasiado bien esos pecados. Lo que no resulta tan fácil, para mi presunción y debilidad, es ver que también voy yo cargado de esa misma miseria de que me lamento y el abrazar hacer penitencia en expiación por esos pecados e inmolarme en sacrificio dando a Dios voces calladas, pero insistentes y fervorosas; determinarme a amar, en cuanto de mí depende, y a abrasar a todo el mundo en la llama del amor de Dios. El mundo no necesita tanto de

quienes enumeren y publiquen sus pecados como de santos que intercedan y expíen por ellos; el mundo necesita almas víctimas de amor en oración y sacrificio, que se ofrezcan e inmolen ante Dios por esos pecados, y apóstoles que, viviendo vida de cielo, hablen palabras de cielo, enseñen riquezas y hermosuras de gloria y enciendan en deseos de Dios y de virtudes. Es necesario hablar de vida eterna.

Madre mía Santa Teresa, oigo tu frase práctica y realista: *Hijo mío, obras, obras quiere de ti el Señor.* Vive las virtudes, el amor, la oración y la penitencia. Si yo procuro vivirlas, Dios no dejará de poner en mí el fuego del amor, que lo incendiará todo en llamas de amor divino, a semejanza de lo que hizo con el Profeta Elías. Se encontraba el Santo solo en medio de la apostasía de los adoradores de los falsos dioses. El era el único Profeta y adorador de Dios verdadero, contra toda la corriente del mundo apóstata que le rodeaba; luchaba encendido en amor de Dios y como centinela vigilante de Dios, abrasándose en su celo. Luchaba en la oración íntima del monte Horeb y en el silencio del monte Carmelo. Todo su cuidado era pensar en Dios, amarle y que todos le amasen. Vivía vida de oración y de penitencia por su pueblo y Dios obró por su medio prodigios y movió las almas a la verdad y a la virtud.

Delante de todo el pueblo preparó Elías el altar del sacrificio; invocó a Dios pidiendo un milagro necesario para la conversión de todos, y el milagro se hizo por la oración y súplica de Elías, bajando fuego del cielo que consumió el sacrificio preparado y hasta las piedras del altar y el agua refractaria

al fuego. Elías el solitario, Elías el hombre de oración, fue también el apóstol de su pueblo, en el doble apostolado sobre los buenos y sobre los pecadores. Sobre los buenos, formando aquella escuela de los profetas consagrados todos a Dios en una vida de alabanza a Dios, oración y virtudes extraordinarias; sobre los pecadores y apóstatas, convirtiéndolos y volviéndolos al fervor de Dios. Dios fue de nuevo amado y adorado por toda la nación.

El Profeta era llama encendida de fuego de amor de Dios y siempre llevaba presente a Dios, vivía en Dios y repetía: *Vive el Señor en cuya presencia estoy y me abraso en su celo.* Procuró avivar en sí la ya muy crecida llama de amor buscando a Dios en lo alto del monte Horeb y en lo alto y silencioso del monte Carmelo, donde había establecido su continua morada; vivía en oración y frecuente trato íntimo con Dios y el Señor le escogió por enviado suyo especial y para apóstol de su pueblo, y lo fue en la vida penitente de retiro y en su heroica y difícil misión activa.

Dios mío, que el fuego divino de tu amor acabe también en mí con mis flaquezas y mis infidelidades como acabó el fuego hasta con las piedras y el agua.

45. La Virgen, nuestra Madre y primer modelo, no vivió de otra manera. Su vida fue de pobreza, de recogimiento, de ofrecimiento continuo a Dios. Vivía en Dios y para Dios y en este vivir para Dios se ofrecía por todos los hombres. Amaba como no se ha vuelto ni se volverá a amar a Dios en la tierra, y en la proporción de su amor a Dios fue su amor

a los hombres. Llena de las más excelsas cualidades individuales y sociales, las ofreció a Dios todas en retiro, en oración, en ofrecimiento. Allí pide por todos y por todos se ofrece. Allí ama por todos y por todos ora y expía, siendo con Jesús, la Iglesia que ora y expía. Su conocimiento del mundo y aun su comunicación era a través de Dios y enseñada por la luz de Dios en la cual no hay error. Nadie ha alcanzado tantas gracias para las almas como ella. *Es Reina de los apóstoles y de los Santos y refugio de los pecadores. Es,* repito, *la Iglesia que ora y expía.*

Vive la Virgen el doble apostolado, que yo también deseo vivir, y, a imitación de ella, en ofrecimiento callado. Cuando la Virgen aparece visible a los ojos de todos es al pie de la cruz, con el inmenso dolor en su alma, abrazando el desprecio de su honra ante los hombres como madre que es de Jesús, y con la súplica y el ofrecimiento en los labios y en el corazón. Jesús y la Virgen, inmolados y orantes, eran la perfecta Iglesia orante y expiante.

Bien sé, Madre mía, que me señaláis este mismo camino para que yo vaya por él y viva el mismo fin que Vos vivisteis. Vos sois mi Madre.

Leemos en el Santo Evangelio que en el Calvario, al pie de la cruz, había tres mujeres en compañía de la Virgen. Eran las almas fieles entre los crucificadores y despreciadores de Jesús. ¿Qué hacían al pie de la cruz? Estaban entregadas al amor. Tenían sus ojos fijos en Jesús; le amaban y, calladas, pero llenas de amor, le miraban; con su mirada silenciosa y de amor le hablaban. Abrazaban en silencio la cruz; la sangre de Jesús ungía, como divino bálsamo, sus vestidos y sus cuerpos. También

en silencio pedían por todos al ofrecerse con Jesús por todos. En torno de la Virgen y de Jesús, orando y sufriendo, formaban la Iglesia orante y expiante.

46. ¡Qué ejemplo, Jesús mío, para mí! ¡Estar solo Contigo, mirarte, abrazarte, dejar que tus ojos, en silencio, me miren y tu sangre bendita me dé vida de amor!

Quiero amaros; quiero entregarme totalmente a Vos; quiero ser, con Vos, la Iglesia santa que ora y expía. Vuestro soy; a Vos me ofrezco; mi vida está consagrada a Vos y será para Vos; dadme vuestra vida. Jamás habéis dejado de llenar de vuestro amor y de poner vuestra vida en el alma que se os entrega y confiadamente se os ofrece. Tanto más perfectamente se entregará y ofrecerá cuanto más la comuniquéis vuestra vida y amor. El alma que se abraza con vuestra voluntad, y sin quejas ni lamentos acepta vuestras disposiciones y está con Vos, sentirá la fidelidad vuestra y el corazón lleno de Vos mismo. La aceptación de vuestra voluntad es la gran penitencia. ¡Cuán dulce, suave y regalado es vuestro amor, Dios mío, a los que de veras os aman!

Quiero ser ya todo vuestro; quiero vivir sólo para Vos, como Vos queráis y en Vos amar y expiar por mis hermanos. Si para mí tenéis señalada la aridez y desolación de espíritu, yo la acepto y os la ofrezco ni merezco otra cosa. Si queréis que mi alma se vea como perdida, esto escojo yo hasta que dispongáis que me encuentre en Vos y para Vos. Que siempre esté ofrecido a vuestra divina voluntad.

La perfección consiste precisamente en vivir ofre-

cido a la voluntad divina, aceptando todo lo que Dios disponga y en vivir centrados en el amor de Dios obrando con la delicadeza más primorosa. Dios mío, que yo os ame; que yo continuamente me ofrezca. Vos me llenaréis de vuestro amor, me hermosearéis con las virtudes y me haréis vuestro con la gracia. Mi gozo será vivir en vuestra presencia y en vuestra compañía.

CUARTA LECTURA - MEDITACION

(Primera del segundo día)

Mi fin de religioso es ser santo. Para conseguirlo me pondré en las manos de Dios

47. Para todos, sin exclusión alguna, dijo Nuestro Señor estas palabras: *Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba.* A nadie exceptuó de acercarse a El para beber hasta saciarse. Pero vemos que, por designios de Dios desconocidos para nosotros, unos sentimos vivamente esta sed de Dios en lo íntimo de nuestro ser y otros pasan su vida entera sin sentirla ni aun tienen deseos de desearla.

Y ha sido el mismo Dios quien tuvo para conmigo la bondad y misericordia de poner en mi alma sed de El con vehementes deseos. Movido por los deseos intensos de esta sed de Dios, anhelando encontrar a Dios y ser todo suyo y que El llenara mi alma de su amor, he renunciado y dejado todo el mundo y me he abrazado con Dios consagrándome totalmente a El, queriendo vivir sólo para El. He escogido, ayudado de su misericordia, venir a

beber en El, que es la fuente de aguas vivas y de vida de eternidad. Quiero, en su compañía, saciarme en El, vida perenne, origen de toda santidad y manantial de infinito amor. Porque El me ha hecho sentir esta sed dichosa, le digo continuamente: *Señor, Dios mío; vengo a saciarme en Vos.*

Me decís que *venga a Vos a beber.* Yo deseo corresponder a vuestra invitación. Vengo a que déis realidad a esta aspiración y a esta sed que en mí habéis puesto, saciándome de Vos. A Vos se llega por las virtudes. Las virtudes son el ejercicio y la manifestación de vuestro amor. Me llamáis a amaros y a vivir en vos. Todo lo he dejado para ser vuestro y vivir vuestra vida. Señor, llenadme de vuestro amor.

48. He venido a la religión *para vivir la perfección* y ser santo, y con vuestra gracia quiero y espero vivirla. Vos me escogisteis y trajisteis para que fuera perfecto; yo tengo ansia grande de serlo. ¡Cómo me regocija pensar que vengo a vivir vuestra vida y vuestro amor, vida sobrenatural y amor eterno! No es otra cosa la santidad.

Me queréis santo; me llamáis para ser santo, porque mandáis ser perfecto y para ser perfecto me señaláis esta vida y en vuestra casa. Confío en Vos que lo seré. El perfecto sale del mundo, porque muere al mundo y a sí mismo para vivir en Vos y vuestra misma vida. No puede soñarse nada más grande que vivir en Dios y la misma vida de Dios.

No me es posible serlo como yo lo había soñado. Al entrar en el convento y empezar mi vida religiosa, creí conseguiría la perfección en seguida o

sería obra de muy breve tiempo. Dejaba el mundo y al recogerme en el claustro pensaba para mí: Seré como los ángeles del cielo estando siempre delante de Dios y lleno de su amor; mi oración será mirarme en Dios como se miran los ángeles: mi amor y mi caridad, como la de los ángeles. No se me ocurría que nunca se hace nadie santo de repente. Van pasando los años y me enseñan que aquello era sólo un ideal, aunque de luz y esperanza; no podía ser una realidad estable.

Dejé el mundo, pero aún no he acabado de morir a mí mismo, y ¡quiera el Señor esté bien muerto al mundo que dejé!

La santidad no es obra de un momento, sino de la perseverancia. Los deseos se tienen en un momento y deben ir creciendo siempre a medida que pasan los días. Si no veo crecer en mí los deseos de ser todo de Dios, o si me desaliento al ver que aún no lo soy como lo había soñado, mostraría no conocer la pobre condición humana ni el modo de obrar de Dios.

La perfección o santidad está en la proporción de lo muerto que yo esté a mí mismo y a todas las cosas. En el perfecto muerto, entra la vida sobrenatural de Dios y Dios le llena de su amor.

49. El Señor me dijo cuando me llamó: *Te quiero todo para Mí, para que voluntariamente me des todo tu amor y todo tu ser y seas mío.*

Este amor no consistirá en emoción o efervescencia, sino en buscar y abrazar la voluntad de Dios en todas las cosas, sean del agrado o del desagrado de mi gusto, sienta fervor sensible o esté en aridez

y tentación. Mi amor me enseñará a preguntar al Señor con humildad y confianza: «¿Qué es lo que queréis de mí? ¿Cómo queréis realice yo esta obra?» Soy ya de Dios. No me pertenezco. El amor me enseñará a estar siempre pronto al querer divino. Este verdadero amor, aunque se presentara con grande aridez y hastío, me llevará muy veloz por los caminos de la perfección, jalonado con cruces; no son caminos como yo los había soñado con ideas santas, pero humanas; son ciertamente los caminos de Dios y nos conducen hasta sus brazos.

Si después de varios años de mi vida en la religión no es todavía una realidad en mí la perfección, ¿abriré desalentado la puerta a la desconfianza? Dios mío, no permitas que una falsa humildad o la cobardía y comodidad disimuladas me seduzcan con esta frase engañosa: «La santidad no es para ti.» Fuiste Tú, amoroso Señor mío, quien me dijiste: «*Te llamo Yo y te llevo al convento para que seas santo.*» Tú eres la verdad y no puedes engañar a nadie ni me has engañado a mí. Eres mi Dios y mi Padre y desde la eternidad tienes puesto en mí tu amor. Eres mi Padre y me hablas verdad y amor.

50. Bien sé que yo no puedo ser santo por mí solo ;soy la misma flaqueza. Pero *Tú eres mi ayudador y mi fortaleza.* Estás conmigo, y quien a Ti te tiene todo lo puede; Tú le das tu poder. Si aún no es una realidad en mí la santidad, es porque no he muerto aún a mí mismo ni al mundo que dejé; no me he entregado aún incondicionalmente a Vos. *No acabo de acabar,* como decía mi Santa Madre, y soy demasiado tardo en darme a Vos.

Vos sólo estáis esperando a que me ponga *bien muerto* en vuestras manos para obrar maravillas de amor y de gracia en mi alma. ¡Qué difícil es no dar señales de vida cuando aún no se está muerto! Debo estar muerto a mis gustos, a mis sentidos, a mi imaginación, a mi regalo y a mi amor propio. Debo estar muerto, no sólo al mundo exterior y al trato de gentes, sino a mí mismo. Esta es condición imprescindible puesta por el Señor para seguirle. El dijo: *Niéguese a sí mismo el que quiera seguirme.* Ni me es posible amarle con todo el corazón mientras no lo vacíe de todas las cosas por esta muerte. Debo ser todo de Dios. Cuando el alma es toda de Dios y se ha puesto incondicionalmente en sus manos, muerta a todo lo demás, Dios la recibe, la prepara, la transforma y mete dentro de El mismo, de su luz, de su verdad, de su amor. La da su vida. Dios obra tales maravillas en esta alma como ni ella ni nadie podía soñar, pues obra como Dios y a lo divino. Con el salmo gusto repetir: *Bienaventurados los que confían en el Señor.*

51. Admiro la delicadeza de Fray Luis de León cuando escribe:

> Vivir quiero conmigo;
> gozar quiero del bien que debo al cielo,
> a solas, sin testigo,
> libre de amor, de celo,
> de odio, de esperanza de recelo.

Tan hermosamente expresa su gusto en gozar de las delicias del campo, de la soledad, lejos de las

pequeñeces de los hombres. Pero si estos conceptos son poéticos sentimientos humanos, que deleitan el espíritu, están muy lejos aún de levantar hasta Dios, fuente de toda belleza y de toda paz. ¡Cuánto distan del ideal de la perfección, aun cuando buenos en sí!

Yo gozo repitiendo de este otro modo: «*Vivir quiero con Dios y morir a mí mismo y a todo lo del suelo, para vivir mejor para Dios.*» Deseo vivir la verdadera vida sin sombras; he venido buscando esta vida. *Mi vivir es Cristo. Mi vida está escondida en Cristo.* Esta divina soledad llena mi deseo y mi anhelo de Dios; *porque el que ama su vida la pierde,* y el que dándosela a Dios *la pierde, la encuentra.* Muriendo se alcanza la vida. He venido a buscar la vida. Me llena el alma de gozo repetir a Dios con mi santo Padre:

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura,
al monte y al collado,
do mana el agua pura,
entremos más adentro en la espesura

Esta es la divina soledad donde todo se ama y todo se encuentra en Dios, hermosura infinita y creador de todo; aquí se ama a Dios con todas las fuerzas y se ama todo en Dios.

Esta es «la profunda soledad y la entendida vía recta» que me llevarán al amor y a la vida. Iré no entendiendo y me iluminaré no sabiendo, porque los sentidos no pueden comprender a Dios ni ver tan deslumbrante luz, antes suelen extraviar, o al me-

nos retardar al alma en su camino hacia la perfección. La prudencia humana no tiene capacidad para llegar hasta la verdad de Dios.

Vivir con Dios; mi vida es Cristo; lo repiten mis labios, lo desea mi corazón; pero ¿eres Tú, oh Jesús, ya mi vida? ¿Qué respondes a esta pregunta, alma mía? Me consagré a Jesús; ¿soy de Jesús y su vida es mi vida?

52. En el santo Evangelio me enseñaste esta verdad: *Donde está tu tesoro, allí está tu corazón.* Predicando sobre esta sentencia del Evangelio, San Antonio de Padua dijo de un avaro, que había muerto aquel día: id y veréis su corazón en las arcas con el oro, que había cuidadosa y avaramente guardado, y sobre el oro, que había amontonado, estaba el corazón del avaro.

Aquel hecho fue un milagro; pero las palabras pronunciadas por los labios de Nuestro Señor Jesucristo son ciertas. Mi corazón y mi amor y afecto estarán donde esté mi tesoro. Allí estará mi pensamiento, allí mi memoria, allí la atracción de mi mente, allí mi mayor cuidado. Dios mío, ¿dónde tengo yo mi tesoro? ¿Sois Vos ya mi tesoro? ¿Hacia dónde tiende habitualmente mi recuerdo, mi imaginación, mi deseo? ¿Levanto hacia Vos mi vuelo para fijar en Vos mi nido y mi morada? Sólo entonces podré decir con verdad: Quiero vivir con Dios y la vida de Dios. Todas las demás cosas las estimaré, según la frase de San Pablo, como basura.

¡Oh si ya me abrazase perfectamente con esta determinación, como es mi deber de religioso! Debo vivir con Cristo exterior e interiormente; debo vi-

vir todo para Dios y, por esto mismo, en Dios. *Señor*, te digo como la samaritana, *dame de esta agua*. Era el agua que salta hasta la vida eterna, y es la misma vida eterna y vida sobrenatural que el Señor ahora me ofrece; porque *esta es la vida eterna y sobrenatural*, dice San Juan, *que te conozcan a Ti, Dios mío, y a tu enviado Jesucristo*. Este es el agua que he venido a beber y a vivir en la realidad, o sea, a Dios mismo. Si perfectamente practicase cuando digo: «Voy a vivir sólo con Jesús y todo para Dios», el Señor me hubiera llenado ya de su viva presencia, y viviría en continua y viva presencia de Dios; pero sólo llegaré a tenerla *cuando llegue al no sabiendo o no entendiendo*, pues, como ya dijo San Agustín, a Dios se le conoce mejor creyendo, que es sobreentendiendo por la luz de la fe y del amor, porque ha de ser una presencia no sólo de imaginación ni sólo de recuerdo, sino de realidad y hecha vida por la realidad sobrenatural de la gracia y del amor. Como yo, Dios mío, no puedo comprenderos, me tenéis que dar Vos esta presencia y llenar mi alma y todas mis potencias de vuestra luz. ¡Cuándo seréis mi vida!

53. Sé que Vos deseáis darme de esta agua y comunicaros a mí como vida mía. Queréis ser mi vida en el más íntimo y encendido amor. Fuisteis la vida y el amor de los santos. ¿Cuándo seréis mi amor y mi vida? Cuando yo haya muerto a mí mismo y me haya dejado deshacer. Me es necesario morir a la honra y a la estima en la apreciación de los demás. Tengo que morir a las curiosidades y a los

gustos vanos y mucho más rigurosamente a los peligrosos.

Es menos costoso, sin comparación, entrar en el convento y practicar ciertas penitencias corporales que sobrellevar con amor un menosprecio o desestima que nos hagan o juzgamos nos hacen, o que nos tengan por menos hábiles, menos útiles o menos inteligentes cuando ya vivimos en comunidad. Si quiero que Vos seáis mi vida y mi único amor, necesito morir a todo esto sin reparar en que aprecien o menosprecien mi entendimiento o mi corazón, mis habilidades o mi persona. Tenga yo mi atención y mi espíritu puesto en Vos, pues todo esto otro, tan estimado de los hombres, no sólo no vale nada, sino que es impedimento para vivir vuestra vida, si no se ofrece a Vos. Estén en Vos mi pensamiento y mi corazón, sin cuidarme de los demás ni de sus apreciaciones. Vuestro juicio y aprecio es el que me interesa.

54. Marchaba un día San Felipe Neri por la calle y vio a dos religiosos dominicos. Aceleró entonces el paso de modo desacostumbrado y se metió por entre ellos, diciendo: *Dejadme pasar, que voy desesperado*; haciendo al mismo tiempo movimientos desconcertados. Los buenos religiosos se extrañaron de ver y oír lo que a aquel religioso oían y empezaron a darle buenos consejos de paciencia y de conformidad con las disposiciones divinas, ensalzando su divina bondad. Habiéndoles escuchado el Santo y mostrándose convencido les dijo: *Yo estoy desesperado de mí, mas siempre espero en Dios.* Estoy desesperado de mi flaqueza, porque haciendo to-

dos los días propósitos de acabar conmigo y darme todo a Dios, no lo consigo, ni acabo de cumplirlo. Pero en Dios sí tengo toda confianza y con su ayuda espero lo conseguiré. Es que nosotros, por nuestra caída naturaleza y pobre condición, somos incapaces de vivir perfectamente las virtudes.

Ante ésta mi inacapacidad, ¿abandonaré mi intento y el camino de la perfección que había abrazado y profesé? Nunca lo consientas, Dios mío. Muy al contrario, escojo y determino ponerme confiado en vuestras manos.

55. El concepto que tengo yo de la perfección y el modo de conseguirla, difiere mucho del que Dios tiene. Yo lo tengo como pobre, Dios como omnipotente e infinito. Dios me manda morir a mí mismo para comunicarme El su vida. Tengo, pues, que morir a mí mismo no sólo por la mortificación de mis sentidos, no sólo por las hmillaciones externas, que debo abrazar, bien las busque yo, bien me las proporcionen los demás; ya vengan de los elementos de la naturaleza, bien permita el Señor se pongan de modo extraño en mi camino. Tengo que morir a mí mismo en lo que me es más difícil, como las humillaciones interiores de ver, sentir y palpar la propia incapacidad hasta para hacer bien la oración, hasta para tener bien la presencia de Dios y ver no ejercito bien las virtudes. Dios mío, veo que no puedo sujetar mi imaginación, que se me desmanda mi inclinación y afecto y me dominan mis gustos y sentidos. No sé orar ni tampoco vivo las virtudes. Enséñame a orar; enséñame a amar y a vencerme. Enséñame a convertir en oración la aridez y la an-

gustia y en devoción la negrura y tribulación de espíritu. Enséñame a vencerme. Tú sólo puedes hacerlo y lo harás cuando yo, vestido de humildad, me entregue confiado a Ti.

Es voluntad de Dios y el camino de la perfección que el alma vea y palpe su nada, la abrace humilde y se ponga en Dios. Pone al alma en estas pruebas para que muera en todo a sí misma y pueda obrar El libre y generosamente sus maravillas de gracia y de amor hermoseándola y enriqueciéndola.

El día de mi toma de hábito y de mi profesión me eché en tierra como un muerto; me sembré como se siembra un grano de trigo en el surco. Alrededor mío cantaban mis hermanos la amorosa invocación al Espíritu Santo o el himno triunfal por esa dichosa muerte a las cosas terrenas y esa siembra de la vida sobrenatural, que daría flores y frutos de virtudes. Las religiosas cubren de flores, mientras cantan alegres, a la que está postrada y se siembra en Dios. Se canta el himno de la alegría y se adorna con flores, porque se espera el renacer espiritual, fértil y copioso, y porque, sembrada en la tierra de Dios, va a empezar el alma consagrada una vida nueva, que producirá abundante floración y sazonado fruto de virtudes. El cielo y la tierra se alegran en esa siembra espiritual y cantan la santidad futura, en esa muerte de los gustos y del amor propio, que se transformarán en virtudes y en amor de Dios. Más que las amables manos de las religiosas santas, son las manos invisibles de los ángeles y de la Virgen de vírgenes y Madre nuestra, y las manos infinitamente primorosas y poderosas del mismo Dios, las que adornan y transforman al alma,

que se levantará transformada en la vida sobrenatural para, llena de virtudes, recibir la coronación espiritual.

No puede la religiosa, estando postrada, sembrar por su misma mano las flores; lo hacen sus Hermanas y ella está como muerta, pero recibiendo la nueva vida de Dios, sembrada en el mismo Dios, que la embellecerá. Tampoco puedo yo embellecer en lo espiritual mi alma con las virtudes por sola mi mano. Me postro y siembro suplicante ante Dios, *como muerto*, y El me dará la nueva vida, el hermoso vestido de la santidad. Mi Dios, por Sí mismo, me vestirá, amoroso, el vestido de su amor y de su gracia, y me comunicará su misma vida. He venido a vivir la vida verdadera.

56. Puedo y debo esforzarme en la obra de mi purificación, en el ejercicio de las virtudes, en la práctica de la oración, que es ejercicio de amor; pero me es imposible llegar hasta la perfección y acabar con mi amor propio y con mis gustos y curiosidades. Sólo Dios puede hacerlo y me vestirá de Sí mismo en proporción de mi esfuerzo y humildad. Espero que el Señor me hará totalmente suyo.

Bien puedes y sabes Tú, Dios mío, purificar delicada y perfectamente mi alma. Tú sólo sabes y puedes ordenar mis ímpetus naturales y mis deseos desmedidos y mal inclinados; Tú sabes raer del alma toda presunción, y haces nacer la virtud sobre mi impotencia y tentación. Tú sabes deshacer al alma de mil maneras y la deshaces porque la amas y porque quieres transformarla y engrandecerla. ¡Qué inexplicables maravillas obra Dios en el alma ano-

nadada! Y no las obras hasta que no se llegue a este anonadamiento. ¡Qué difícil me es dejarme probar, purificar, humillar y anonadar!

Quiero ver algo de tesoro en mis manos, como si no me fiase de las de Dios, y me lamento cuando no lo veo. No me resigno a verme incapaz y sin sentir devoción, compunción ni virtud. Clamo impaciente *por mi tesoro* a pesar de que me explica mi Santo Padre que *bienaventurados los pobres de espíritu son* los que se ven sin nada, porque todo lo han puesto en el tesoro escondido de Dios; los que abrazan la sequedad, y se sienten rodeados de tentación y se ven sin virtud, pero son soldados valientes de Dios y le aman y en El tienen su tesoro; no tienen tesoro en las manos propias ni a la vista, pero saben que su tesoro es Dios y lo tienen en El. Yo todavía no quiero ni aun separarme del pobrísimo tesoro mío, que es mi mustia devoción sensible, ni para ponerlo en las manos de Dios. No soy aún pobre de espíritu. Si todo, Señor, te lo diese y lo pusiese en tus manos, quedándome sin nada, diría con todo amor: *Mi Padre, mi Dios,* y vería que Dios mismo era mi tesoro infinito, «porque Dios llena de sus riquezas al alma totalmente vacía». Quiero y me determino a ofrecérselo.

Alma mía, tu santidad tiene que dártela Dios; sólo te pide tu cooperación y tu ofrecimiento y que te dejes deshacer y tengas confianza en El.

57. Dios me ama sobre todo amor y quiere hermosearme; pero antes tiene que deshacerme para transformarme según la gracia. Quiere quitar, o mejor, ordenar hacia El, la vida de mis sentidos y de

mis potencias, de mis gustos y apreciaciones, para comunicarme su vida; va quitando de esta pobre vida mía para ir poniendo en mí de la suya; va quitando fealdades mías para irme vistiendo de hermosuras suyas. ¡Cuán inmenso es vuestro amor conmigo! Yo también deseo amaros sobre todas las cosas y más que a mí mismo y con todas las fuerzas de mi alma: obrad en mí según vuestro amor.

El artista ama la obra de arte creada por El; en ella ha puesto todo su ingenio; la obra no es siempre feliz ni del gusto de todos.

Se menosprecia y da con el pie un hierro oxidado y tirado por el suelo, pero se admira y codicia un hierro maravillosamente labrado; se le admira como una obra de arte, de técnica y de valor. Antes el artífice lo metió en el fuego, lo puso al rojo y le martilleó sobre el yunque o lo hizo líquido para luego fundirlo según su idea, y sale la obra de arte.

Los que se dicen entendidos admiran y alaban un cuadro artísticamente pintado y le buscan y procuran adquirir con sumas cuantiosas. Antes el pintor preparó el lienzo o la tabla, deshizo la pintura hasta diluirla y la esparció con el pincel y aguarrás o aceite. Luego resultó en un magnífico cuadro la maravilla de arte.

Dios me ama sobre cuanto yo puedo comprender. Dios quiere poner en mi alma no una imagen pintada y, como tal, muerta, sino su misma imagen inefable y viva con su misma vida. Dios infinito e incomprensible, luz y admiración de los ángeles, y que sólo El mismo puede totalmente comprenderse, quiere grabar con su infinito amor, y a su modo divino, su misma imagen en mí y hacer de mi alma

una imagen suya viva y hermosísima. No la hará como yo intentaría hacerla, porque mi modo es humano, pobre y mezquino; la hace según su modo divino, muy por encima de la comprensión del hombre, y que traspasa toda admiración y pone en el alma así transformada su valor infinito. Sólo El sabe y puede hacerlo.

Al ser grabada en mi alma su imagen y recibir la nueva vida suya, brotará en mi interior el manantial de aguas vivas de vida eterna y de eterno amor. He recibido y tengo vida y amor de Dios. El Señor los ha puesto en mí.

58. Muy lejos de atribuirme a mí mismo esta obra alabaré a Dios, porque ha hecho en mí esta maravilla, y diré humilde y agradecido: *Soy obra de Dios; soy hechura de mi Padre celestial; me ha dado su vida, ha reflejado hermosura suya en mí, y me prepara para el cielo. Alábenle todas las criaturas.* Como tengo vida de Dios y hermosura suya, El me guarda y me defiende como a vida propia suya. Todos defienden su propia vida y Dios me defiende a mí y yo estoy ofrecido a El.

El Señor me deshizo por las sequedades y desolaciones, por los aprietos y oscuridades, por los sufrimientos y pruebas para poner en mí su misma vida y su imagen amorosa. Dios me ama y me defiende con amor que supera a todo otro amor, cuanto la Vida eterna y la verdad eterna y la hermosura eterna superan la vida, verdad y hermosura humanas. Yo amo a Dios como a mi vida que es, pero más que a mi vida misma, y le amo con todas mis

fuerzas. Soy imagen de Dios; debo amarle más que a mí.

¿Cuándo me dejaré, Señor, en tus manos para que obres tus primores en mí? ¿No sabré hacer lo que hacen la pintura y el hierro en las manos del artista poniéndose a toda su voluntad para que pueda hacer maravillas? La vida interior es sobre toda otra vida criada, es Dios en el alma, es el alma mirándose en Dios, amándole con todo su corazón y apropiándose de la vida de Dios. Sólo Dios puede poner esta vida en el alma y lo quiere hacer en la mía. Que yo también quiera y me deje infundirla. Hacedlo, Señor mío.

Puedo decir con Fray Luis de León: «Vivir quiero conmigo» en Dios, mirándome en Dios y mirando a Dios en mí; recibiendo la vida y las perfecciones de Dios. El pondrá y cultivará en mi alma toda hermosura y yo viviré como un hijo en brazos de su padre. ¿Para quién será, Dios mío, vuestro amor de Padre, sino para éste vuestro hijo, si me pongo en vuestras manos y me abrazo a Vos con amor de hijo?

59. El alma revestida de la hermosura de la gracia de Dios y guarnecida con la coraza del amor divino, es la envidia y el terror del demonio.

El demonio pone asechanzas, hace la guerra y procura dar el asalto a los fervorosos, para separarlos del camino de la perfección y del camino del cielo, si le fuera posible. Pero el demonio tiene miedo a las almas perfectas y, con toda su soberbia, se ve obligado muchas veces a obedecerlas. Atemorizado, temblando, huía de Nuestro Santo Padre al estar de-

lante de sus ojos, y le obedecía saliendo por su mandato de los posesos. Dice la historia o la leyenda que Santa Juliana de Falconeri le hacía pasar la vergüenza y la humillación llevándole atado como un perrito. ¿Tiene el demonio miedo de mí o soy yo quien tiene miedo del demonio? Si le tengo miedo es porque aún no estoy revestido fuertemente de Dios ni vivo a impulso de la vida de Dios, porque aún no me he puesto confiado en las manos de Dios y Dios no ha obrado en mí sus maravillas. Mi Santa Madre desafiaba al demonio y parecía que todos la tenían miedo, porque se miraba hija del divino Emperador y tenía vida extraordinaria de Dios.

El demonio no puede sufrir la luz de Dios. Dadme, Dios mío, vuestra vida y vestidme de vuestra luz, de vuestra verdad y de vuestro amor. También entonces huiría el demonio de mí. Puede más el alma santa que todos los infiernos; es hija de Dios por su gracia y ha recibido de su vida y vive la vida sobrenatural.

Hoy apenas se hacen milagros en el mundo; no os dejamos, Señor, hacer milagros. Obráis el milagro por los que se os han entregado y confían en Vos y todo lo esperan confiados en Vos. Hoy os quitamos el poder de hacer milagros, aun cuando os los pidamos. Todo lo confiamos a nuestra propia industria y trabajo, lo material y lo espiritual, hasta la conversión de las almas. Quizá por esto es tan reducido el número de las que se convierten y más reducido aún el de las que se entregan a vivir la santidad.

Los conventos siempre habían confiado en Vos dentro de lo pobre, aun cuando ayudándose de su

trabajo. Hablando de los conventos de Carmelitas decía mi Santo Padre que eran *conventos de espera en Dios*; no había ansias de avaricia ni de regalo; contentos y amantes de la pobreza efectiva, confiaban en Vos y nunca les faltaba lo necesario y para ayudar con limosnas a los pobres. ¡Cuántas veces hicisteis milagros para alimentarlos y premiar su confianza! Hoy no aguardamos a que obréis los milagros, ni os dejamos hacerlos; nos confiamos a nuestro esfuerzo y habilidad o a molestar a los demás con peticiones desedificándoles; todo nos lo procuramos nosotros dejándonos zarandear y arrastrar del espíritu materialista de la avaricia y del regalo y huyendo de la pobreza y lamentando sus efectos; porque la pobreza siempre implica muchos sacrificios, privaciones y menosprecios. No nos fiamos ya de Vos y no podéis hacer prodigios en nosotros, además de que vuestros milagros no son fomentadores del regalo y lujo.

60. Y menos podéis obrar milagros en mi alma. Para ello es de toda necesidad la confianza en Vos más aún que para los milagros materiales. Si yo fuera *muy humilde y sumamente confiado en Vos,* si yo me dejara totalmente en vuestras manos, obraríais en mí prodigios de santidad y me habríais llenado de gracia y envuelto en la hermosura del amor. Porque «¿quién puede impediros obrar vuestras maravillas en un alma totalmente aniquilada y anonadada?» ¿ cómo dejaréis de enriquecer a la totalmente desapropiada?

Dios mío, quiero morir a todo para vivir en todo para Vos solo. Yo no sé morir a mí mismo; veo que

no puedo morir a mí mismo; deshacedme; no me dejéis continuar siendo juguete de mis ruindades. Dadme vuestra vida; ésta es la que yo quiero y os pido, porque Vos también lo queréis. Que os ame con todo mi corazón, con sed y ansias inmensas. Quiero abrazarme a Vos y confiarme a vuestra voluntad, aun sin comprenderla, como un niño se abraza y ama a su padre y se refugia en sus brazos.

No os fiéis, Señor mío, ni de mis palabras ni de mí. ¡Os las he dado tantas veces sin llegar a cumplirlas!... Enseñadme a desentenderme de esta enmarañada madeja de mi amor propio. Deseo amaros. Tengo sed de Vos y quiero beber del agua viva de vuestra gracia y amor; quiero ser perfecto. No quiero ser mío, sino vuestro. Tuyo soy, sálvame.

Deseo amaros. Dadme vuestro amor. Que os mire sin pensar en mí, sino sólo para amaros y *poner todo el tesoro de mi alma en vuestras manos.* No quiero ni que esté en otras manos ni aun tenerlo yo mismo. *Obrad en vuestro siervo según vuestras misericordias* y según vuestra voluntad.

Madre mía del Carmen; tu fuiste probada durante toda tu vida. Toda ella fue de fe en Dios y de confianza en Dios; ni disminuyó tu fe y confianza al pie de la cruz. Estabas llena de la vida de Dios y en tu retiro mereciste ser Reina de los apóstoles. Fuiste fiel al Señor en tu hmildad. Por ella te llenó el Señor de toda santidad. Pues, Madre mía, enséñame a ser santo y fortalece mi voluntad de serlo. Alcánzame el agua de la vida, para que siendo fiel hijo tuyo lo sea en todo del Señor.

QUINTA LECTURA - MEDITACION

(Segunda del segundo día)

Mi fin de religioso es ser santo y cuidar de la honra de Dios

61. Produce en mí grande gozo leer estas palabras de la Epístola de San Juan: *Mirad qué tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto.* Dios mío, soy hijo vuestro y aumenta mi alegría oír a San Pablo: *Si hijos de Dios, herederos suyos.*

Soy hijo de Dios y los bienes de mi Padre celestial serán míos, y ya lo son, pues los bienes de los padres son propiedad de los hijos. Mientras yo sea hijo de Dios, sus bienes son míos. El amor de Dios mi Padre, su hermosura, su sabiduría y poder, son míos y empezaré a gozarlos con gloria desde mi muerte.

Dios me ama con amor de Criador y de Padre. ¿Correspondo yo a este amor de mi Padre celestial? ¿Es mi vida y amor de limpieza y santidad como de hijo de Dios?